



La primera epístola de Juan

“Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido”

Autor, contexto histórico

Las tres epístolas de la pluma del apóstol Juan datan de los años 95-96 d.C., al igual que el evangelio de Juan y el libro de Apocalipsis. Estos cinco libros constituyen las últimas escrituras del Nuevo Testamento.

Pablo había pasado a la presencia del Señor unos 25 años antes (aprox. 67 d.C.). Poco tiempo atrás, en una de sus últimas cartas (en la epístola a Timoteo) él había advertido acerca de un peligro especial: "Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia, la cual profesando algunos, se desviaron de la fe" (1 Ti. 6:20-21). En griego, la palabra usada para "ciencia" es *gnosis*.

Partiendo de esta ciencia reprensible se formó el *agnosticismo*. Esta corriente filosófica ya se mostraba en el tiempo de Pablo y se había desarrollado más en el tiempo de la redacción de la primera epístola de Juan. Combinaba elementos paganos con la fe cristiana, mezcla a la que se le llama *sincretismo*. Los filósofos de esta corriente doctrinal concibieron falsas doctrinas muy malignas, especialmente sobre la persona del Señor Jesús: algunos enseñaban que Cristo no había sido verdaderamente hombre, sino sólo verdadero Dios; otros enseñaban que había sido verdaderamente hombre, pero no Dios. Además de estas, había otras muchas variantes. Este tipo de falsas doctrinas destruye los fundamentos del cristianismo, mas sin embargo estos filósofos se autodenominaban *cristianos*, y encontraron en parte una manera de llegar hasta los creyentes. Juan defiende en su evangelio y sus tres epístolas las verdades importantes acerca de la persona de nuestro gran Señor y Salvador Jesucristo, y deja claro que el Señor Jesús es la *vida eterna* y también que todo creyente verdadero (es decir, nacido de nuevo) posee la *vida eterna*.

No es fácil encontrar un claro orden o sucesión de pensamientos en esta epístola. Juan cada vez vuelve a los mismos temas: escribe acerca de la vida, la luz, el amor, sobre el mandamiento antiguo y el nuevo, sobre el andar en luz y en tinieblas, y también sobre tres diferentes grados de madurez del creyente (hijitos, jóvenes, padres). Escribe acerca de la recepción del Espíritu Santo, sobre el hacer justicia, pero también sobre el pecado (infracción de la ley), sobre el amor fraternal y sobre el odio existente entre los que dicen ser creyentes y no lo son. También escribe sobre falsos espíritus y falsos profetas, anticristos y engañadores (2 Jn.) y sobre todo acerca de la fe en Jesucristo, el cual es la vida eterna en persona.

La clasificación dada a continuación es sólo un intento de dividir el libro, aunque no es excluyente por el hecho de que Juan, como ya se ha mencionado, trata una gran cantidad de temas y retoma algunos de ellos diversas veces:

División de la epístola

1. Introducción: lo que era desde el principio; la vida eterna ha sido manifestada; comunión con las personas divinas conlleva gozo (1:1-4)
2. Dios es luz, la luz manifiesta lo malo (1:5-10)
3. Cristo es el abogado de los creyentes y ha hecho propiciación por nuestros pecados (2:1-2)
4. En el creyente, la vida nueva se demuestra en el amor y en la obediencia (2:3-11)
5. Los diferentes grados de madurez espiritual en la familia de Dios (2:12-28)
6. La vida justa de los hijos de Dios demuestra que son nacidos de Dios (2:29)
7. El amor del padre y la esperanza en el Señor Jesús nos dan motivación para una vida en justicia (3:1-3)
8. ¿Qué es el pecado? El pecado es la infracción de la ley (3:4-7)
9. El contraste entre los hijos de Dios y los hijos del diablo (3:8-24)
10. Atención ante el engaño de parte de los falsos profetas y del espíritu del anticristo (4:1-6)
11. El amor mutuo dentro de la familia de Dios (4:7-5:3)
12. El que es nacido de Dios vence al mundo (5:4-5)
13. El testimonio sobre el Señor Jesús (5:6-13)

14. La oración de los hijos de Dios y el pecado de muerte (5:14-17)
15. Los creyentes son de Dios, el mundo está bajo el maligno (5:18-19)
16. Nosotros conocemos al que es verdadero, y la vida eterna; hemos de guardarnos de los ídolos (5:20-21)

Sinopsis de cada uno de los capítulos

Capítulo 1:1-2:2

Juan no menciona su propio nombre, pero comparando esta carta con el evangelio según Juan vemos claramente que él fue quien la escribió. Ya al principio escribe acerca del Señor Jesús como el *Verbo de vida*, como aquél quien es la vida eterna, la cual estaba con el Padre. Cuando en esta epístola aparece la frase "lo que era desde el principio", casi siempre se refiere al Señor como al Hijo de Dios hecho carne (en el capítulo 3:8 hay una excepción, allí se refiere al diablo).

Juan escribe cómo él había podido ver, escuchar y palpar el Señor Jesús unos 60 años antes. El objetivo era que los destinatarios tuvieran comunión con los apóstoles a través de su mensaje. La comunión de los apóstoles era una comunión con el Padre y con el Hijo, y esto es válido para todo creyente. Esta comunión conlleva *gozo absoluto*.

Después de esto, Juan resalta una verdad importantísima y absoluta acerca de Dios: *Dios es luz*; en él no hay ni la más mínima huella de tinieblas (1:5). *Tinieblas* es un término que se refiere al campo de acción del maligno. De ahí extrae la conclusión de que las personas que se encuentran en la esfera del maligno no tienen comunión con Dios. En los siguientes versículos, utiliza tres veces las palabras "si decimos", con lo cual también incluye a los cristianos de nombre (o de confesión). Pero si alguien dice alguna cosa y actúa de manera opuesta, se trata de un falso creyente, sí, incluso de un falso profeta. De esta manera, Juan compara los creyentes de nombre y los cristianos verdaderos que han nacido de nuevo:

Falsos creyentes	Verdaderos creyentes
El que dice que tiene comunión con Dios, pero anda en tinieblas, miente y no practica la verdad (1:6).	Los creyentes verdaderos andan en luz, como Dios está en luz, y tienen comunión unos con otros. Lamentablemente, a veces mienten, pero son limpiados por la sangre de Cristo (1:7).
El que dice que no tiene pecado (que es completamente sin pecado), se engaña a sí mismo y la verdad no está en él (1:8).	Los creyentes verdaderos confiesan sus pecados y reciben de parte de Dios, porque Él es fiel y justo, perdón de sus pecados, y son limpiados de toda maldad (1:9).
El que dice que nunca ha pecado, hace a Dios mentiroso (porque la Biblia entera muestra que el hombre es pecador). La palabra de Dios no se encuentra en una persona tal (1:10).	Los verdaderos creyentes son exhortados a no pecar. Pero como, por desgracia, siguen pecando, el Señor Jesús intercede por ellos ante el Padre. Él hizo propiciación por sus pecados en la cruz (2:1-2).

De esta manera, Juan desenmascara a los falsos profetas o anticristos, o engañadores. Los creyentes no debían solamente poner cuidado a lo que estas personas hablaban, sino también observar su vida atentamente.

Resumen

Juan comienza su carta con el Señor Jesús como la vida eterna que estaba con Dios desde la eternidad y que nos fue revelada por él a los hombres. Por medio del Señor Jesús, todos los creyentes verdaderos poseen la vida eterna y a través de ella también comunión con el Padre y con el Hijo, así como también entre ellos. Esto lleva a un gozo absoluto. Dios es luz, y el pecado es incompatible con Dios. El que anda en tinieblas no es un verdadero creyente. Los creyentes verdaderos experimentan, cuando han pecado y confiesan sus pecados, perdón y restauración de la comunión con Dios.

Capítulo 2:3-29

En los versículos 3 al 6, Juan escribe acerca de la obediencia y el amor. Se puede reconocer a los creyentes verdaderos al ver que ellos guardan los mandamientos de Dios. No se trata de los diez mandamientos que encontramos en el Antiguo Testamento (Ex. 20), sino de todas las órdenes e instrucciones que el Señor Jesús les dio a sus discípulos y que mandó escribir a los apóstoles en el Nuevo Testamento. El que no guarda estos mandamientos, demuestra que es un

mentiroso. Por el contrario, el que guarda la palabra de Dios, en él se ha perfeccionado el amor de Dios. La desobediencia y el disfrute del amor de Dios no son compatibles. El que dice que permanece en él (es decir, que tiene comunión con él), tiene la obligación de andar de la misma manera que el Señor Jesús anduvo sobre esta Tierra: el Señor Jesús fue obediente a su Padre en todo lo que hizo.

En los versículos 7-11, el apóstol habla primero de un mandamiento nuevo y uno antiguo. Con el mandamiento antiguo se refiere al mandamiento que el Señor les había dado a sus discípulos justo antes de su muerte: que se amaran unos a otros (Jn. 13:34-35). De la misma manera que el Señor Jesús amaba a sus discípulos, así debían los creyentes amar a los otros creyentes. El que decía que estaba en la luz, pero odiaba a su hermano, realmente estaba en tinieblas, es decir, no era un verdadero creyente. El odio es una característica típica de la familia de los hijos del diablo.

En los versículos 12-21, Juan les escribe a tres grupos de creyentes: a los padres (2:13a,14a), a los jóvenes (2:14b-17) y a los hijitos (2:18-21). Primero que todo, agrupa a todos los creyentes llamándolos en el versículo 12 *hijitos* (de Dios), porque sus pecados les habrán sido perdonados. Después, en el versículo 13 menciona la característica esencial de cada uno de los grupos: los padres han conocido al que es desde el principio (es decir, al Señor Jesús); los jóvenes han vencido al maligno, y los hijitos han conocido al Padre.

Luego, se dirige a cada uno de los grupos en particular: para los padres, no tiene más que añadir (2:14a). En cuanto a los jóvenes, añade que ellos son fuertes, que la palabra de Dios permanece en ellos y que han vencido al maligno. Después de esto, los exhorta a no amar el mundo en sus diferentes facetas, ya que éste es pasajero. Pero quien hace la voluntad de Dios, permanece para siempre (2:14b-17). A los hijitos les quiere concienciar acerca del anticristo y les escribe que ya habían surgido muchos anticristos. Añade que estas personas malas andaban en medio de los creyentes sin haber pertenecido nunca a ellos. También les escribe que poseen el Espíritu Santo (la unción del Santo) y que conocen todas las cosas. Gracias al Espíritu Santo y a la nueva vida que han recibido en el nuevo nacimiento, son inmunes contra los engaños (2:18-21).

En los versículos 22 al 25, Juan desenmascara a los mentirosos y anticristos: el mentiroso niega que Jesús es el Cristo. Así, estas personas rechazaban la vida santa y el servicio único y excepcional de Cristo como persona. El anticristo niega tanto al Padre como al Hijo. De esta manera le roba al cristianismo, a la fe cristiana, su pieza central. En contraste, los creyentes deben permanecer en lo que han escuchado desde el principio, con el fin de permanecer en el Hijo y en el Padre. Además, pueden saber que Dios le ha prometido a todo creyente la vida eterna. Es decir, el que cree en el Hijo de Dios, ya tiene la vida eterna.

Después, Juan resume lo que ha escrito y les comunica a los destinatarios de la carta que él ha escrito todo eso a causa de los engañadores (= agnósticos). Otra vez les recuerda que han recibido la unción (el Espíritu Santo) y que éste les enseñaría acerca de todas las cosas. Varias veces el apóstol exhorta a los creyentes a permanecer en el Señor Jesús, es decir, a cuidar la comunión íntima con él. Dice que esto contribuiría a su gozo y libertad en la venida del Señor Jesús.

Por último, el apóstol nombra un rasgo importante de los verdaderos creyentes: como Cristo es justo, también todo aquel que hace justicia es nacido de Dios. Hacer justicia es otra forma de expresar que alguien hace la voluntad de Dios, es decir, que le es obediente.

Resumen

Verdaderos creyentes son obedientes a Dios y aman a los demás hijos de Dios, mientras que los engañadores no lo hacen. La familia de Dios puede ser clasificada en diferentes grados de madurez. Los creyentes verdaderos poseen el Espíritu Santo y, con él, una capacidad de discernimiento entre lo que proviene de Dios y lo que es del maligno. Los creyentes verdaderos son exhortados a mantener la comunión con el Señor intacta y a hacer justicia.

Capítulo 3

Juan insta a los creyentes a mirar al amor del Padre, el cual los ha convertido a ellos en hijos suyos (3:1-3). Todavía no son conscientes del alcance de este hecho, pero un día serán iguales al Señor Jesús, cuando le vean tal como es. Esta esperanza tiene un efecto purificador sobre ellos.

El que hace pecado, es decir, vive en él de manera permanente, infringe también la ley (= no reconoce la autoridad de Dios, que fue quien dio la ley). Éste es el carácter real de todo pecado: el rechazo de la ley, que incluye el rechazo de la autoridad de Dios sobre la vida de una persona. Cristo vino para morir por nuestros pecados; en él no había pecado (3:5). En la Biblia tenemos un testimonio triple de la naturaleza libre de pecado de Cristo: “no hay pecado en él” (1 Jn. 3:5), “el cual no hizo pecado” (1 P. 2:22) y “al que no conoció pecado” (2 Co. 5:21).

Luego sigue una serie de enunciados que pueden ser malentendidos fácilmente:

1. El que permanece en él, no peca; es decir: su vida no consiste en pecar (3:6)
2. Quien, por el contrario, peca (constante o permanentemente), no le conoce (= no es nacido de nuevo) (3:6)
3. El que practica el pecado (constante o permanentemente), es del diablo (3:8)
4. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado (= su vida no consiste en pecar, aunque lamentablemente puede seguir pecando; comp. con 1 Jn. 2:1)

En los versículos siguientes (11 al 24), Juan toca varios temas de la vida de un cristiano, aunque siempre regresando al rasgo característico de los verdaderos creyentes: el amor de los unos por los otros. Juan ya en el capítulo 2 había hablado sobre el mandamiento del amor; aquí él menciona que ése era el mensaje que ya el Señor Jesús les había dado a sus discípulos (3:11). El primer hombre que nació fue Caín. Él es el prototipo de persona que era “religiosa” sin haberse convertido. Él odiaba a su hermano Abel y lo acabó asesinando. Odiaba a Abel porque éste agradaba a Dios (3:12). De esta manera, no debemos extrañarnos si el mundo nos odia (comp. con Jn. 15:18). Si alguien ama a los hermanos, es una prueba de que ha pasado de muerte a vida. Si alguien no ama a los hermanos, permanece en muerte, es decir, en separación de Dios (3:13-14). Para Dios, el odio es como si alguien ya hubiera asesinado al otro; estas personas no tienen la vida eterna (3:15).

¿Qué es, pues, el amor verdadero? Donde más claramente lo vemos es en el Señor Jesús: Él entregó su vida por nosotros. Si es necesario, los creyentes también deben dar su vida por los hermanos (3:16). Muchas veces, esto significa simplemente que alguien comparte sus bienes con un creyente que sufre necesidad. Si no lo hace, tampoco podrá gozarse del amor de Dios a él (3:17). A veces hay creyentes que piensan que es suficiente amar a los hermanos de palabra, es decir, decirles que los amamos. Estos cristianos olvidan que el amor verdadero se manifiesta en obras. Sólo entonces el amor es verdadero. De la misma manera, el Señor Jesús demostró su amor por nosotros a través de su muerte en la cruz (3:18).

El que es de la verdad (es decir, el que es nacido de nuevo), no se esconde de Dios. Confiesa todos los pecados que abruman su conciencia. Él sabe que Dios es más grande que nuestro corazón y que conoce todas las cosas. Si nuestra conciencia no nos condena, tenemos libertad de orar a Dios. Entonces Dios oirá nuestras oraciones bajo la condición de que seamos obedientes (guardemos sus mandamientos); entonces seremos agradables ante él (3:19-22).

Como cristianos tenemos dos mandamientos: (1) que creamos en el nombre del Hijo de Dios y (2) que nos amemos unos a otros. Sólo un verdadero cristiano es obediente (guarda los mandamientos de Dios). La obediencia es la condición previa para saber si alguien permanece en él (en el Padre y en el Hijo) y si Cristo permanece en él. Esta es otra manera de expresar una comunión íntima, la cual es posible al habernos dado Dios a su Espíritu (3:23-24).

Resumen

Los rasgos característicos de un verdadero creyente consisten en que espera al Señor Jesús y se santifica a través de esta esperanza. El pecar no forma parte de la vida de un creyente (debería constituir una excepción). Los creyentes se aman unos a otros; en esto se puede reconocer que son creyentes verdaderos. Ellos buscan en todo momento la comunión íntima con el Padre y el Hijo y oran con libertad a Dios. Crean en el nombre del Hijo de Dios, Jesucristo, y se aman unos a otros. Estas son características esenciales de cada creyente verdadero. Quien no manifiesta estos rasgos, no es un verdadero creyente.

Capítulo 4

En los versículos 1 al 3 ya no se trata de diferenciar si alguien es creyente o inconverso, sino que el tema es que hay que probar el espíritu a través del cual una persona habla: ¿el espíritu es de Dios o es del diablo? Es posible que alguien se llame cristiano, pero si lo que dice no es del Espíritu de Dios, entonces proviene del espíritu del anticristo. ¿Cuál es entonces el rasgo característico importante? Se puede reconocer al Espíritu de Dios al ver si alguien “confiesa

que Jesucristo ha venido en carne”. En esta frase se esconde el pleno reconocimiento de las siguientes verdades esenciales acerca del Señor Jesús:

1. El hombre Jesús es el Cristo enviado por Dios (hebr. *Messias*).
2. Antes de que Jesucristo viniera en carne, ya era el Hijo eterno de Dios desde la eternidad pasada.
3. *Venido en carne* significa: el Hijo eterno de Dios nació como ser humano.

Justamente eso era lo que negaban los agnósticos. El espíritu del anticristo, llamado el espíritu de error (4:6) hablaba a través de ellos. Ya en aquel tiempo, este espíritu estaba en el mundo (véase 2:18). Él ya obraba en el anticristo, el falso profeta y en los engañadores.

Juan no desea despertar ningún tipo de duda acerca de la autenticidad de los verdaderos hijos de Dios. Al contrario: él dice “hijitos, vosotros sois de Dios”. En cambio, los engañadores eran del mundo, formaban parte del mundo y el mundo adoptaba sus falsas doctrinas. Una vez más, Juan dice: “nosotros somos de Dios”. Los apóstoles y aquellos que creían a través de ellos eran nacidos de nuevo. Tenían los rasgos de verdaderos creyentes, rasgos que hemos visto hasta ahora a través de toda la epístola. Los verdaderos creyentes conocían a Jesucristo venido en carne; los engañadores lo negaban y así demostraban que hablaban de parte del espíritu de error (4:4-6).

En el siguiente pasaje (4:7-10), Juan vuelve a mencionar el mandamiento del amor fraternal. Exhorta por repetida vez a los destinatarios a amarse unos a otros. De la manera como el nuevo nacimiento es de Dios, también el amor es de Dios. Si alguien ama, ésa es la prueba de que es nacido de Dios y conoce a Dios (al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo). El que no ama (sea a Dios o sea a su hermano), no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. Aquí tenemos otra afirmación absoluta acerca de Dios: *Dios es amor*. En el capítulo 1:5 habíamos visto: *Dios es luz*. Ambas cosas van juntas: Dios es *luz* y Dios es *amor*. ¿Y en qué ha mostrado Dios su amor para con nosotros los hombres? Él envió a su Hijo unigénito al mundo, para que los hombres pudieran vivir. El amor provino de Dios y no de nosotros los seres humanos. Dios no sólo envió a su Hijo unigénito al mundo, sino que lo dio como propiciación por nuestros pecados. Propiciación significa que Dios juzgó todos los pecados de los creyentes en el Señor Jesús cuando éste estaba colgado sobre la cruz. De esta manera, Dios pudo perdonarnos los pecados.

En los versículos 11 al 14, Juan vuelve a hablar de que nosotros —ante un amor tan grande de parte de Dios— debemos (= somos deudores de) también amarnos unos a otros. Luego añade que nadie ha visto jamás a Dios; pero si los creyentes se aman unos a otros, por así decirlo se puede ver a través del amor de ellos a Dios mismo, ver su amor insondable. Y de nuevo pone énfasis en que permanecemos en Cristo y Cristo en nosotros al habernos dado de su Espíritu (comp. con 3:24). Los apóstoles habían visto al Señor Jesús cuando él estaba aquí en la Tierra. Muchas veces el Señor Jesús había dicho que el Padre lo había enviado. Había gente que lo reconoció como el *Salvador del mundo* (Jn. 4:42). ¡Con cuánto agrado Juan dio testimonio de este hecho de salvación tan sublime!

A un verdadero cristiano le corresponde reconocer que Jesús es el Hijo de Dios (4:15). Sin esta confesión, nadie puede ser llamado cristiano. El que confiesa a Jesús como Hijo de Dios puede estar seguro de que Dios permanece en él, y él en Dios. El que cree en Dios, cree también en el amor que Dios tiene por los creyentes. Y otra vez Juan subraya: “Dios es amor” (4:16; comp. con 4:8).

Saber acerca del amor de Dios hacia nosotros los creyentes nos da una gran confianza si pensamos en el juicio futuro que Dios traerá sobre el mundo (4:17). Como estamos en el Señor Jesús, somos como él en este mundo en el cual sigue habiendo muchísimo pecado. Como él nos ama, no debemos tener temor. El amor de Dios no es nada incierto o indefinido, y por ello no tenemos ni temor ni castigo. No necesitamos tener miedo del castigo, porque el Señor Jesús llevó el castigo sobre todos nuestros pecados (4:18). Y otra vez el apóstol recuerda que Dios nos amó primero y que nuestro amor por él es sólo el resultado de ello (4:19).

Otra vez Juan pone en evidencia a los engañadores, que dicen que aman a Dios, pero odian al hermano. En ello se puede ver que son mentirosos, y por ese motivo también es falsa la doctrina entera que traen (4:20). El apóstol pone énfasis en la obediencia: el que ama a Dios, ama también a su hermano (4:21). Ya se nos ha recordado tantas veces que como creyentes debemos amarnos unos a otros. ¿Lo hacemos?

Resumen

Juan deja claro que los falsos profetas hablan a través de un espíritu que no proviene de Dios. Estas personas son del mundo. Los hijos de Dios tienen el Espíritu de Dios y así pueden vencer al mundo. Muchas veces, el apóstol

paternalmente les recuerda a los creyentes, a los cuales muchas veces llama “amados”, que se amen unos a otros. Ellos lo pueden hacer porque Dios manifestó su gran amor por ellos al enviar a su Hijo. Ser consciente de este amor, ésa es la manera de echar fuera el temor al castigo. El amor de los creyentes es una reacción al amor que Dios tiene para con ellos. El que ama a Dios, debe también amar al hermano: lo uno no es posible sin lo otro.

Capítulo 5

Al comienzo de este capítulo, Juan continúa con el tema del amor fraternal (5:1-5). Para él es un tema esencial, y lo debería ser también para nosotros. La base de este amor fraternal es la fe en que Jesús es el Cristo. El que cree esto, es nacido de Dios, y una tal persona ama a Dios. Por eso es absolutamente normal que el creyente ame a todos los que son nacidos de Dios. El amor para con Dios nos lleva a ser obedientes, guardando sus mandamientos. Los mandamientos no son difíciles, ya que la naturaleza nueva que hemos recibido a través del nuevo nacimiento ama a Dios y al hermano. Amor y obediencia están estrechamente vinculados, lo uno no es posible sin lo otro. Además, la vida nueva en nosotros tiene la fuerza necesaria para vencer al mundo y a sus falsas doctrinas.

En los siguientes versículos, Juan señala tres testimonios sobre el Señor Jesús (5:6-10). Primero nombra el *agua* y la *sangre*: ambas cosas muestran el hecho de que el Señor Jesús era y es verdadero hombre. Después de haber muerto y de que un soldado le atravesara el costado con una lanza, salió sangre y agua (Jn. 19:34). Al mismo tiempo, el agua y la sangre son una imagen de la purificación: con el agua somos lavados moralmente, con la sangre han sido lavados nuestros pecados. Además de esto, el *Espíritu* de Dios –el *Espíritu de verdad*– da testimonio acerca del Señor Jesús. De esta manera, Dios ha dado un testimonio triple acerca de la verdadera humanidad y de la obra redentora del Señor Jesús. Adicionalmente, el creyente tiene este testimonio en sí mismo. Es un conocimiento interno dado por la vida nueva y por el hecho de que el Espíritu Santo mora en nosotros. El que no acepta el testimonio acerca del Señor Jesús, hace a Dios mentiroso (comp. con 1 Jn. 1:10).

Estos testigos dan también testimonio de que el creyente posee la *vida eterna* (5:11-13). Esta vida está en el Hijo, es la vida del Hijo de Dios. El que ha aceptado al Hijo en la fe, tiene al Hijo y también la vida. Luego sigue una confirmación explícita de que todo verdadero creyente tiene vida eterna:

“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna” (5:13).

Cuando un creyente ora alguna cosa acorde con la voluntad de Dios, puede estar seguro y gozoso de que Dios oye su oración (5:14-17). Hay una excepción: cuando hay pecado de muerte. En principio, puede tratarse de cualquier pecado por cuyo motivo Dios llame a alguien a su presencia. En Corinto había creyentes que no habían confesado sus pecados y habían participado en la cena del Señor; por eso Dios los había llamado a su presencia (1 Co. 11:30). En un tal caso, Dios muestra claramente al tal hijo que morirá. Por eso no debemos orar por que el creyente permanezca con vida.

La epístola finaliza con verdades importantes que los creyentes conocen:

1. Los creyentes no pecan, sino que se guardan a sí mismos [N. del T.: en alemán dice “aquel que fue engendrado por Dios se conserva a sí mismo”, refiriéndose al creyente y no al Señor Jesús]. Por eso, el maligno (el diablo) no los puede tocar.
2. Los creyentes son nacidos de Dios; el mundo, cuyo príncipe es Satanás, es absolutamente maligno.
3. Los creyentes saben que el Hijo de Dios ha venido y que ellos conocen al que es verdadero. Los creyentes no sólo lo conocen, sino que están en él. Se trata del Hijo, Jesucristo. Él es el verdadero Dios y la vida eterna. Todo creyente posee vida eterna, y con ella también al Hijo de Dios en su vida.

Una última advertencia: los creyentes deben guardarse de los ídolos. Como los ídolos se forman en el corazón de una persona, es importante que todo creyente ponga su corazón completamente bajo la autoridad del Señor Jesús. Esto lo deberíamos hacer cada día de nuevo.

Resumen

Por repetida vez, Juan dice con claridad que los hijos de Dios se aman unos a otros. Esto no sólo corresponde a su naturaleza, sino que también es un mandamiento explícito del Señor Jesús. Dios ha dado un testimonio triple acerca

del Señor Jesús: agua y sangre nos señalan la humanidad perfecta del Señor Jesús y al mismo tiempo el “detergente” para las personas pecadoras. Además, podemos acercarnos a Dios en oración con libertad y confianza. No debemos orar por un hermano que ha cometido un pecado de muerte. Juan resume en los últimos versículos verdades esenciales que ha presentado en esta epístola. Los creyentes deben velar para que nada tome lugar entre ellos y el Señor Jesús.

Versículos clave y verdades esenciales

1. Versículos clave

- a) “La vida fue manifestada” (1:2).
- b) “... que es verdadero en él y en vosotros” – el creyente está completamente unido al (“es uno” con el) Señor Jesús (2:8).
- c) Dios ha dado vida eterna a sus hijos, y esta vida está en su Hijo (5:11).

2. ¿Cómo podemos saber que somos nacidos de Dios?

- a) Si guardamos sus mandamientos (2:3-6,29; 3:10; 5:3)
- b) Si nos amamos unos a otros (2:9-10; 3:14,18,19; 4:7,8,16,20,21; 5:2)
- c) Si tenemos a su Espíritu (3:24; 4:13)
- d) Si no pecamos (3:6,9,10; 5:18)
- e) Si confesamos a Jesucristo como Hijo de Dios y como venido en carne (2:23; 4:2,15; 5:1-5).

Marienheide, Febrero de 2018

W. Mücher